

La guerra del "golfo"



Castrodorrey

La obra relata, la historia real de un personaje, que nacido a principios de los cincuenta, se veía injerido por una corriente de evolución, que él mismo, dividida en tres bandos: "Dos de ellos, los que acababan de enfrentarse en una desgraciada guerra civil; y el bando restante, que recogía todos los desperfectos".

Eran los que venían de nuevo, inocentes y desconocedores del reciente pasado, con verdaderas ganas de cambiar todo aquello que no les gustaba, de lo que oían o veían. Luchar, sin más remedio, contra los coletazos estentóreos del monstruo que agonizaba: La insidiosa y asquerosa guerra entre hermanos.

Los que se habían constituido en conductores de aquella temblorosa estructura social, acababan de descubrir al «embudo». Y se revolcaban dichosos en su conocida ley: "La ley, del embudo".

Por diversos factores de su conducta, sino, o destino; (llámese como se llame) se codeó con artistas de todos los campos, y personajes en general del escaparate farandulero. Compartiendo vivencias y amistad con más de uno. Mujerlego y traspachador; nada escrupuloso con el alcohol y las sustancias; amante acérrimo de la buena vida; indiscriminado con las amistades frecuentadas, de cualquier género o forma existencial; sin prejuicios, y abanderado a muerte del libre pensamiento; unido a la rebelión de su espíritu, aún muy joven... era suficiente para ser catalogado de GOLFO. Según determinados criterios, épocas, o entornos.

¡He aquí, su propia guerra!



En su entorno, en ciertas épocas, fue más famoso que los propios famosos. (Un personaje). Que él mismo se creó, a base de respeto de ida y vuelta.

De agente del orden a detenido, con cargo de averiguado a la policía, como de rico a pobre, pasó, sin que en su fuerte espíritu existiese ninguna huella.



5 800039 341021

La guerra del “golfo”

Castrodorrey

Autor: © Castrodorrey
Depósito Legal: M-7249-2010
ISBN Papel: 978-84-92925-67-4
ISBN PDF: 978-84-92925-68-1
Editor: Gerust Creaciones S.L.

Castrodorrey
22 de marzo de cualquier año.

Dedicado especialmente a mi padre.

Y también, a la memoria de Carmen Ordóñez Dominguín, porque no mereció el escarnio. Porque nadie fue capaz de defenderla; y muchos de quienes la atacaron deberían guardar silencio, mientras buscan en sus desvanes.

Al entrañable Pepito Gómez -ex de los Marismeños- por su capacidad para dar la cara, y salir de ese maldito pozo sin fondo.

A mi amigo Antonio Carrasco, “el cordobés” (aunque otros le llamen el junco) y a Lola Flores, por vivir un continuo amor, pasándose los convencionalismos por el arco del triunfo. El de ella, claro.

Dedicado, en fin, a quienes sean capaces de mirar a la vida de frente; sin tapujos y sin hipocresía... porque la vida es, solo presente.

INTRODUCCIÓN

La elección del título, está basada en pura alegoría. El protagonista despertaba al mundo desde una tormenta anímica, muy particular, de proporciones alarmantes para su adolescencia. Descubrir el primer gran despropósito, a la tierna edad de doce años, le llevó a iniciarse en una rebelión constante, ante todo lo que supusiera mandato.

Esto le acarrearía una controversia tras otra; un sinsentido antes que el siguiente; un revolcón después de levantarse. A veces provocados por él, y las demás, por factores externos.

La obra relata, la historia real de un personaje, que nacido a principios de los cincuenta, se vería injerido por una corriente de evolución, que él mismo, dividiría en tres bandos: Dos de ellos, los que acababan de enfrentarse en una desgraciada guerra civil; y el bando restante, que recogería todos los desperfectos.

Los que se habían constituido en conductores de aquella temblorosa estructura social, acababan de descubrir al “embudo”. Y se revolcaban dichosos en su conocida ley: La ley, del embudo.

El totalitarismo, predicado, demostrado y salpicado hasta la saciedad, por el gobierno de la nación, adquiriría prosélitos en grandes cantidades, a pesar, de los que se oponían al régimen. Todo el mundo otorgaba un iluminado raciocinio al máximo exponente del dictado.

Y, como él; el sumo pontífice del dedo; el que decidía quien moriría o no, era católico... la religión, para muchos, era un Estado.

Y el Estado, religión, para los más del resto.

Donde se aprovechaba la *santa madre iglesia*, para reconducir a sus fieles bajo la espada del ángel justiciero, que compartía idéntico decálogo. Igual en la calle, que en los atrios, se amenazaba con *el temor de dios*.

Su paso por el seminario menor de Orense, le dejó constancia de estas filosofías, además de una gran cultura de la lengua latina: Las bofetadas dolían lo mismo, en Español que en Latín.

Aunque en el momento actual, no se reconozcan éstos términos, dado la gran facilidad para la corta memoria histórica, Pablo Rosales Cudeiro, personaje que dio lugar a esta narración, sabía muy bien que a la muerte de aquél caudillo, sus seguidores (gran parte de los españoles adultos de entonces) dieron media vuelta, y miraron hacia otro lado. A partir de aquel momento, todos ellos, se auto proclamaron demócratas.

Curiosamente, ya no parecía existir aquella muchedumbre que le vitoreaba en la Plaza de Oriente.

Pues... ¡que lo sepan todos! en los estamentos oficiales; en todos los centros de enseñanza -al menos los que él conoció, que no fueron pocos- y en los mismísimos

senos familiares, se impartía un régimen dictatorial, puro. Y en ocasiones, muy duro. Y ¡segurísimo! que no había cámaras vigilando. ¡Que nadie crea en patrañas! Eran así, sin más; y, sin que estuvieran los gobernantes, detrás de ellos con una escopeta. Y todos los mayores, sin excepción, se entendían unos con otros, y no se podía dar un paso sin que lo supieran en casa.

En todas las escuelas que estuvo Pablo, nunca vio un escrito, ni se acercó por allí algún dictador, para decirles a los maestros que pegasen a los niños con varas. Ni que les tirasen de los pelos. Ni que determinados profesores, se congratularan de tener las mejores ramas de abedul, para prepararlas como punteros, y usarlas como castigo. Por lo tanto, lo hacían de motu-propio.

Por encima del dictador, debía estar la libertad de elección. Sí, que se carecía de libertad para muchas cosas; pero, para decidir la forma de ser de cada uno, existía la misma que siempre. ¿Acaso alguien manda en el interior de las personas?

Pablo Rosales Cudeiro, pensaba que el resto de la gente -sobre todo los mayores- se empecinaban en una constante: Creían que, desde la intransigencia, resultaría fácil el control del intelecto. Y que así, podrían dominar mejor a los jóvenes que empujaban contra los formulismos.

Inexcusable error, pues para ese, no hay rejas posibles. El intelecto, jamás se podrá encerrar en ningún sitio.

Constituido en rebelde por naturaleza; y, obligación explícita para no obedecer, desarrollaba una manera muy peculiar para enfrentarse a los despropósitos. Con especial devoción por todo lo que resultase gracioso o esperpéntico, hasta que el avance en el tiempo le fue cambiando.

Intrépido, resuelto, apasionado; y, extrovertido, por propia intención, luchaba para mostrarse, subiendo por encima de tinieblas y convencionalismos. Esta actitud, le colocaba en el disparadero en determinadas etapas de su vida, para ser atacado por sus detractores, sin ninguna piedad.

Obedecer sin rechistar, y encasillarse en la monotonía, nunca sería lo suyo.

Por diversos factores de su conducta, sino, o destino; (llámese como se llame) se codeó con artistas de todos los campos, y personajes en general del escaparate farandulero. Compartiendo vivencias y amistad con más de uno.

En su entorno, en ciertas épocas, fue más famoso que los propios famosos. ¡Un personaje!. Que él mismo se creó, a base de respeto de ida y vuelta.

Y por todo ese cúmulo de circunstancias, también, se convirtió en ácrata y agnóstico. Independiente, y sin complejos. Aguerrido luchador, cuando vinieron maldadas, y defensor a ultranza de libertades imposibles.

Y era suficiente para ser catalogado de GOLFO. Según determinados criterios, épocas, o entornos.

¡He aquí, su propia guerra!

Capítulo I: La tormenta del pino

La luz de un atardecer cualquiera, tenue y triste, como todos los atardeceres, se filtraba entre los castaños y pinos que en feliz maridaje, crecen por aquellos pagos. Allí estaba; en esa novia céltica y frondosa, vestida con toca de verde intenso; promiscua, apetecible, jugosa; húmeda y dispuesta siempre, a recibir en su cálido y hospitalario seno...: Galicia.

La casona limitaba por su parte trasera, con toda suerte de gallineros variopintos y asimétricos; pocilgas bien retejadas, conejeras y leñeras. Todo ello, perteneciente a la intendencia, disfrute y sustento, de las familias que la habitaban.

Un poco más allá a modo de cinturón, unos cuantos carvallos, los castaños y los pinos. Como dejada caer entre ellos, una alberca rectangular muy bien repellada de cemento, cuya función, se remitía a los regadíos de las huertas. Y en la época estival, ser asaltada por propios y extraños.

Todo el conjunto, rodeado por un peculiar antepecho de piedra, que terminaba a ambos lados de la casa. Cuidando un portillo, algo más trabajado, que permitía el acceso a todo aquel campo.

El caserón, carecía de puerta trasera.

A tres metros de la fachada principal discurría la carretera, como una serpiente de tierra y piedra apisonada, que llevaba y traía los sueños de Pablito. La aventura, que podría haber de cabeza a cola.

Cruzando la misma, más verde; más prados... y otras cosas.

Pero aquella tarde... ¡no! ¡No era como otra!

Entre la hojarasca, debajo de los carvallos, hociocaban unos cerdos con toda clase de ruidos característicos. Unos metros más allá al cobijo de un hermoso pino, en la mullida pinocha, los jovencísimos dueños de los gorrinos: Pablo y Marina, en indolente postura, después de haber expurgado las punzantes hojillas. (No era cosa de clavárselas en ciertas e incómodas partes)

Marina, una rapaza dulce, sonrosada y sonriente, se sentía feliz y olvidada por completo de los cerdos. Producto de los besos y caricias prodigadas por Pablo, con la única pretensión, de iniciarse juntos en el camino de la vida.

Las inexpertas, pero delicadas manos de él, recorrían ávidas e investigadoras, el cuerpo de la biqueante Marina.

Ella, inmersa en el mismo placer y deseo, inocente y apetitosa, también le tocaba.

Aquello, era como el cielo que habían oído predicar.

Todo fluía de manera natural. Para los dos rapaciños, llegaban unas desconocidas sensaciones, superiores a cualquier otra cosa. El mundo... ¡podría hundirse si quisiera!

Por primera vez, ambos tenían en sus manos, el desconocido sexo contrario. Por primera vez, también, descubrían su complemento.

Torpedamente, pero seguros de lo que querían hacer, se disponían a finiquitar la operación. Estaban a punto de alcanzar lo máximo, en sus nuevas e inocentes vidas. Sin embargo... ¡Pablitooooo...!

La voz de su madre, desde el balcón trasero de la casa, le llamaba para ir por agua.

El cielo... ¡y el desastre! La tierra temblaba, igual que si todos los rayos de una tormenta, cayeran juntos. ¡Sin compasión!

Si una sola voz, podía producir un cataclismo, aquella llamada lo era. Y también, pasar del "todo", a la nada más miserable.

La total oscuridad se hizo de repente. Las hormigas, se le atojaban monstruos de inmensas antenas, amenazadoras. Los pinos, fantasmas agigantados. Todo era negro o nublado. ¡Maldición de maldiciones!... ¿Por qué?

* * *

Aquella casa donde habitaban cinco familias, pertenecía a los terrenos de una granja, dedicada al ganado vacuno. Fuentefiz, así se llamaba, distaba unos ochocientos metros por el camino de la alberca.

Hacia allí, se conducían las escapadas de los chicos varones, para interesarse por la inseminación artificial. Lo que más despertaba su imaginación, era ver como el veterinario, introducía su brazo por la enorme vagina vacuna.

Al carecer de otras visiones de tipo sexual, esto, les despertaba la curiosidad. Muy lejos aún, de descubrir el porno, era lo que tenían más a mano. Desde luego, manteniéndoles en la duda, de cómo extraerían el semen a los toros.

Eso, era tabú. Nunca consiguieron verlo. Por lo que decía Curro -el hijo del veterinario- ni él mismo, lo había podido ver.

Luego, fantaseaban, tratando de imaginar como lo tendría esta o la otra. Haciendo comparaciones jocosas, entre las vulvas de las vacas, y de las chicas que les rodeaban. ¿Sería igual, o más pequeño? ¡No... tan grande, no podía ser!

Divagaban de muslos a pechos, tratando de establecer las diferencias... Las alfombrillas que se adivinaban, en las cerradísimas entrepiernas de los bañadores, en verano, allá en la alberca... Recordaban los brotantes bellos, asomando tímidos en algunos casos, y salvajemente en otros. ¡Dios todopoderoso! ¿Cómo sería aquello?

Así se iniciaban en el sexo, con comentarios de todo tipo, dentro de su total desconocimiento. No había otro medio para documentarse. Naturalmente... ¡sólo entre los chicos! (No se podía hablar con ellas, de lo que pensaban hacerles)

La brillantez de la mente y el rostro de Pablo, cuando tuvo a Marina entregada y dispuesta, sin propuestas de ningún tipo; habiendo surgido como lo más normal, debió ser relumbrante. ¡Eso, no se podía pasar por alto!

Las cosas habían empezado como un juego, y ella, también jugaba. ¡Mira que bien! Se veía, como el único en conseguir, lo que tanto habían hablado entre los muchachos. Nadie sabía explicar como era, porque ninguno, lo había practicado. ¡Ajajá! Pero ahora, Pablo pasaría por delante de Milito y Pepiño; de Gregorio, y por supuesto, Curro. Aunque seguro, que no pensaba en contarlo. Taimado se relamía, pensando en dar explicaciones de todo tipo, este verano en vacaciones, y nadie sabría con quien lo había hecho. ¡Eso haría!

¡Pero!... ¡Debían existir las meigas! Sobre todo, las malas. Acababa de sufrir en sus propias carnes, el primer gran revés de su vida, por culpa de una de las personas, que más quería en este mundo: su madre.

Habría que estar en su lugar, para saber como se sentía. Todo lo que hasta entonces se conducía por cauces naturales, había dejado de hacerlo.

¡Ojalá se muriesen los puercos! ¡Ojalá, se secase la fuente!

Era la inocencia en estado puro, y la frustración superlativa. Imposible de entender. Un creciente odio nacía, por todo lo que antes era bonito. Una sensación de rebeldía, y el contrasentido número uno.

No había podido culminar su primer descubrimiento, por la inoportuna llamada.

* * *

Entonces contaba apenas doce años. Era un muchachote de considerable altura, tímido y soñador, cariñoso y de recios hombros, que marcaban unas anchas espaldas. Decían de él, que sería alto... “ya, casi estaba tan alto como su padre”

Crecía sano en cuerpo y espíritu, bastante intrépido a pesar de su timidez. Su carácter, alegre y sin traumas, le hacían debatirse entre la vergüenza inculcada por sus mayores, y sus avanzadas ideas; que por otra parte, le parecían de lo más normal. Comenzaba ya, a vislumbrar, la creciente diferencia de lo que él, consideraba natural, con los predicamentos que llegaban del exterior. Algo, no era como debía.

La sin par naturaleza del entrañable campo gallego, le otorgaba un bienestar, que segaba sin miramientos al caer la tarde. ¡Bueno... eran sus padres, quienes le llamaban! El monte, le parecía a él, que no opinaba al respecto.

Pero de todas formas el atardecer, siempre le resultaba triste. Delimitaba la hora, en que habría de cortar con todas sus actividades, para incorporarse al techo familiar.

Era obligatorio recogerse, al difuminarse la luz del sol. Y luego en la casa, a parte de idear todo tipo de trastadas, había muy poco que hacer. Cenar; escuchar un poco la radio, los días que no iban a la Chabola, y a dormir.

Y Pablito empezaba a sentirse incómodo, porque su cuerpo y su mente, le pedían más. Pero en aquél medio rural, con su corta edad, sólo podía rebelarse. La dependencia obligada de los padres, no daba para otra cosa. Aunque... ¡podían haber intervenido menos!

Todos los pormenores, obedecían a la razón de la naturaleza. Como la vida en sí, crecían en libertad de sentimientos, casi siempre cortados por los prejuicios influidos por los mayores. Pero ante esto, habría que luchar.

Más adelante descubriría, que no era precoz por haberse notado el sexo, sinó todo lo contrario: normal como las mismas plantas, o todo lo que vivía alrededor. ¡Que caramba!

* * *

Pablito, Pablo Rosales Cudeiro para efectos oficiales, había nacido en un cuartel de la Guardia Civil. Ahora vivía en otro.

Porque la casona, era el cuartel de Vilar de la Barra, y su padre, el cabo comandante de puesto. Así que, con su familia, vivían las de los cuatro guardias. Eso sí, las jerarquías solo se llevaban en el nivel profesional. Todas las mujeres y niños, mantenían una relación de absoluta camaradería.

Y, también los padres, claro. Porque según Pablo sabía, oía y observaba, las diferencias de rango no eran ostensibles. Incluso a veces le molestaba -muy para sí, desde luego- que los guardias no mantuviesen las distancias. ¡Oye! Mira como le saludaban... ni siquiera se ponían firmes, como él veía con otros jefes cuando llegaban al cuartel... ¿sería posible?

Pero eso, solo era muy al principio. Después se fue dando cuenta, de que su mismo padre no lo hubiera permitido. Era el cabo, sí. Pero solamente para responsabilidad de cara a los superiores. Por lo demás, era uno más del cuartel. Y no es que no hubiese respeto, que si que lo había; simplemente, que era una comunidad familiar, y el jefe, no era un estirado.

Así era, como él lo entendía. Como cualquier otro crío de su edad, tendría que educarse, e ir comprendiendo las distintas situaciones. E igualmente natural, que sus padres fueran los espejos de todos.

Sobre todo para Pablito, que al suyo, lo adoraba.

Con doce años, situados en la época de Vilar, ya había recorrido el país de punta a punta.

Del cuartel que le viera nacer, en un pueblecito de la campiña lucense llamado Castro del Rey, a éste, había pasado por tres pueblos, en los puntos más distantes de la península Ibérica.

Con apenas dos años, de su Castro del Rey natal a un pueblo de Tarragona, conocido por Las Casas de Alcanar. Ahí estaba su Galicia-Cataluña, con tan tierna edad, que no recordaría ninguno de los dos.

¡Bueno!... Del pueblo marinero, sí que recordaría el mar. Y los primeros contactos de su vida con el salitre, que le quedaría grabados para siempre. De cuando sus hermanas le llevaban a la playa, todos muy pequeños aún, y, jugando al corro de la patata muy en la orillita, se llenaba de caracolas de espuma y sal, en el "sentadito me quedé".

¡Eso, no lo olvidaría! Las risas y el miedo a tragar agua, unido a cuánto le gustaba jugar con sus hermanas, sería una sensación duradera hasta el fin de los días.

Y en su mente había una imagen, de su padre, con el pelo totalmente blanco y las cejas y el bigote negros, martillo en mano, embalando muebles y preparando paquetes. Pero eso, no sabía muy bien si era de Castro del Rey, o del otro pueblo. Por lo tanto, y resumiendo, en esos dos pilares de memoria, afianzaría su primer cruce de mapa.

Y con cuatro años, cruzaba de nuevo España. Ahora, habría de rezar el letrero, Cataluña-Andalucía. Esta vez, un bonito pueblo de la provincia de Huelva, en un cabezo coronado por el castillo de Aroche, para dar fe de su nombre. Tardaría cinco años, en colocarse el rótulo de Andalucía-Galicia, para conocer Manzaneda. Y de allí, con casi doce cumplidos, al cuartel del Pazo de Fuentefiz, en el momento actual. Los dos últimos traslados, sin salir de la provincia de Orense.

Ya quedaba claro que no cabía comparación, de su edad, con sus kilómetros. Como es sencillo entender, no había tenido mucho tiempo para afianzarse a nada. Con semejante trayectoria, tenía que ser distinto. Como él mismo decía: "Distinto... ¡por pelotas!"

Y como ya conocía las suyas, y las de jugar al fútbol, se repetía una y otra vez la misma frase: "¡Tiene pelotas, llevar los kilómetros que llevo, con lo joven que soy!" Aparte, cuando sufría disensiones con los suyos, recriminado, por no parecerse a los demás, decía sin dudarle: "Es que, tengo que ser distinto, ¡por pelotas!"

Claro que lo decía, cuando tenía la certeza de no ser oído. Porque entonces, era inconcebible que los niños "taquearan" en público. Aunque Pablo, atesoraba un buen número de ellos, según se le iban viniendo a la cabeza. Sin que se le ocurriese, desde luego, decirlos delante de sus mayores. Pero... cuando no estaban por allí, los soltaba profusamente. Decía, que para desquitarse. (Tenía carácter, el chico)

El más pequeño de tres hermanos, y único varón. Florecita que le llevaba diez, y Pepi que se distanciaba siete. A pesar de su corta edad, ya apuntaba formas y estatura de muchacho, pero irremediablemente, era "el niño". El niño esto... el niño lo otro... Siempre la misma cantinela. Y ¡claro!... ¿quién podía entender a un niño, con dos mil cuatrocientos kilómetros en sus tiernas espaldas? (1)

¡Nadie! Y esa sería la tónica, durante mucha parte de su vida. Se volvería intrépido, a pesar de su timidez; traste, según los mayores, por su afán de investigar; y rebelde. Muuy rebelde.

Y con lo de "el niño", tendría sus pequeñas pataletas familiares. Tanto así, que un día cualquiera cabreado sin paliativos, agarró un recordatorio de su primera comunión, y tachando la fatídica palabra del anuncio "primera comunión del niño...", plantificó encima y subrayado: "El hombrecito".

Con orgullo, la mostraba a todos: "Mira... ¿ves el recordatorio de mi primera comunión?... ¡Fíjate lo que pone: -y él mismo leía- La primera comunión del hombrecito, Pablo Rosales Cudeiro".

¡Verdaderamente... increíble!

(1) El autor no considera la exactitud. Supone, una distancia de 800 Km, cada salto, de punta a punta del mapa.

Ya, después de un tiempo, algo hastiado de la dichosa historieta, la guardaría dentro de un libro, para siempre.

¡Ufff!... seguiría siendo "el niño", mientras ellos quisieran...

Así crecía Pablito, feliz, en aquel entorno, tanto fuera como dentro de su casa.

Los vecinos de caserón eran bien avenidos, y entre ninguna familia existían rencillas. La relación vecinal -casi familiar- era perfecta, incluidas las disyuntivas. Primaba la razón y sensibilidad, descaradamente.

Todo lo que se desprendía de sus padres y hermanas, venía del buen corazón; cariño inmenso, y pureza de sentimientos. Por encima de las normales reprimendas, o disensión de pareceres. Ningún tipo de pesar, levantaban éstas cosas en el espíritu del rapaz.

Podrían reñirle, o reprimirle con unas normativas, que él desechaba de plano, que su situación de afecto no se mermaba. Porque entendía, que las cosas no iban a cambiar hasta que se emancipase.

Mientras tanto, *les perdonaría*.

Y que nadie imaginase, que en 1964, los chicos eran tontos. Ni tampoco, los que vivían en términos rurales. Era muy lógico que pensase así, pues no tenía conocimientos para discernir entre lo conveniente, y el exceso de celo. Aunque algo le comenzaba a alumbrar, que por ahí iban los tiros. Lo inconveniente para él, podría llegar de la excesiva protección de sus padres. Y lo que ellos se empeñaban en decir que era conveniente, le aburría sobremanera. Incluyendo algunos asuntos, que le parecían estúpidos y sin nada de cordura.

¡Bah! Aún quedaba mucho tiempo para el análisis. Lo que tocaba hacer ahora, era, rebelarse contra todo y contra todos. Hacer frente a lo preconcebido o impuesto, que era lo que más le cabreaba.

Eso le ofendía en grado superlativo. ¿Hacer las cosas *porque lo digo yo?*.... ¡Y una mierda!

Quizá a partir de ahí, empezaría a rechazar el control de los padres sobre los hijos, con carácter inminente. Podía ser, el nacimiento de un golfo.

* * *

Si germinaba un golfo, surgiría su propia guerra. Porque tendría que combatir un sobrenombre totalmente peyorativo.

Y no es que saliera de coherencia. Pero el simple hecho de contradecir a los mayores; ser rebelde con causa o sin ella; y "contestar", cuando decidían que la última palabra estaba dicha, era suficiente para provocar el apelativo.

Evidentemente en las fechas que discurrían, ser catalogado de golfo, no era nada edificante. El poseedor de tal título, tenía el sambenito colgado para ciento y un día. Decir de alguien que era un golfo, significaba acusarle de desdichado; bebedor,

despilfarrador, sinvergüenza y mujeriego. (Que Pablo pensaba, porqué, ser mujeriego era malo)

Pero en el caso de los chicos más jóvenes, no se referían nada más que a "contestón"; gamberro, desvergonzado, maleducado, rebelde, y sinvergüenza.

¡Pues vaya ventaja! Si todavía se lo dijeran, por gustarle las chicas...

A él le sentaría mejor, más a su medida, que le llamaran pícaro; aventurero; vagamundo -que no vagabundo- y chulete. Porque algo tirado pa'lante, si que lo era.

Había que tener mucho cuidado, con la ligereza calificativa de aquellos años. Los prejuicios ¡arraigadísimos! en el régimen autoritario por excelencia, podían convertir a cualquiera en un desgraciado de la noche a la mañana. Había que luchar por acabar con el blanco o negro, con todas las fuerzas disponibles.

En su caso sólo podría hacerlo, con la única herramienta utilizable que se llamaba mente. Lo que surgiera de sus ideas, que consideraba normalísimas, sería lo que intentase llevar a cabo.

¡Teniendo cuidado, obviamente! No deseaba un enfrentamiento demasiado directo, porque había visto alrededor, las consecuencias que traía oponerse abiertamente al dictado. Contestatario sí; y héroe también... pero vivo.

Y, no es que hubiese visto matar a nadie; pero sabía como se las gastaban los que dirigían el cotarro: Castigos a tutiplé, cuando no arreaban un sopapo, que te dejaba la oreja caliente para todo el día. ¡Y a veces, parte de la noche!

En su personal situación la manera de ver las cosas, le ayudaba bastante. Sin dejar de sentirse mal cuando en determinadas ocasiones le acusaban de golfo, encarrilaba el insulto por la parte menos trascendente. Le molestaba, porque conocía el sentido que querían darle; pero se sacudía, pensando en lo divertido que era, ser así.

Su afán por la diversión, le hacía distinto. Por allí, el sentido del humor no se prodigaba igual que en el sur. Existía y mucho, pero más solapado. Y... esta mezcla bien utilizada, podría ser explosiva.

En esa química, trataba de desenvolverse Pablito.

* * *

En Vilar de la Barra, -provincia de Orense- la mayor parte de las construcciones estaban diseminadas por la campiña y el monte. A excepción de tres núcleos importantes, todas las edificaciones obedecían a la indiscriminada ubicación de la fincas privadas.

Unas más grandes otras menos, todas, contaban con lo imprescindible. En aquél medio rural, nadie pasaba hambre.

Hasta los más pobres, o, mejor dicho los menos pudientes, mataban un par de gorrinos cada año. Y, también sin excepción, gozaban de huertos completísimos.

Los mas sobrados, solían ayudar a los otros, de forma que pudiesen cubrir sus necesidades prioritarias. No era infrecuente ver como el señor tal, llamaba para que recogieran manzanas los chicos del señor cual, porque él no las gastaría todas. De

esa manera, aún pareciendo cicateros, no dejaban que se pudriesen los frutos en sus huertos. ¿No era mejor que los consumieran otros?

Y parecían miserables, por su forma de decir las cosas, no porque lo fueran. Porque de miserables, ¡nada!

Una vez le había causado curiosidad, el ofrecimiento que le hizo el señor Argimiro: "Pabliño, ¿Por qué no venís por manzanas?... ¡ si se las comerán los cerdos!

Claro, que no quería decir eso. Se refería el buen hombre, a que tenía demasiadas. Y si no las recogían, se las terminarían zampando los puercos.

Podría haber tierras hospitalarias... pero más que aquella, difícilmente.

El mejor entorno, para la manera más natural de vivir. Aquellos gallegos, gustaban de fanfarronear entre sus cosechas y sus vacas, pero ninguno, hacía ostentación de boato ni adornos superfluos.. Excepto algún que otro recién llegado de "las américas", o los emigrados a "las alemanias", cuando venían de vacaciones.

En cada casa, cada uno trabajaba de antes del sol, a después del sol.

Para quien hubiese corrido mundo, podía parecer una forma miserable de conducirse. No obstante, visto desde otra postura era, el mejor aprovechamiento de lo que está colocado en la tierra, para ser disfrutado de la manera más sencilla. Simplemente.

Pablito, se iba enterando de todo esto, sin planteamientos de ninguna especie. Sin disertaciones, ni lecciones al respecto. Al mismo compás que respiraba, o se levantaba cada mañana. Pues no en vano, había conocido otras formas de vida.

Quizá, por haber recorrido el país... ¡tal vez, eso fuese productivo para educarse en la pluralidad! A lo mejor, había servido, para no tener excesivos prejuicios; o, precisamente, para fomentar la extroversión. Pero lo que sí es seguro, que le obligó intuitivamente, a observar las diferencias.

Se iba convirtiendo poco a poco, en un fanático de la observación. Y eso sí que podría ser, fomentado por su memoria de película. ¡Jamás, se le olvidaba una cara, ni un pasaje vivencial! Y siempre recordaría todo, como si fuera ayer mismo.

Sin querer había descubierto, la forma de estudiar más fácil, a la sociología aplicada... ¡Una manera de aprender! ... Primero se fija uno en las cosas (se estudian) y luego, se atan cabos con otras observadas con anterioridad, cercanas, o, simplemente comparadas. La lección, está en el resultado.

Y donde mejor resultados se extraían, era en el comportamiento generalizado de las personas. Le encantaba jugar a psicólogo, descubriendo el carácter de cada nuevo compañero de escuela, o de cada profesor que le tocaba en suerte, allá donde fueran trasladados.

En el cuartel, siempre andaba entre faldas. Los demás varones, escalonadamente mayores, estaban todos estudiando en la capital, excepto Curro, que compartía año de nacimiento, y vivía en la Granja.

Esta circunstancia le permitía ejercer de gallo, en un corral de "pollitas" (y no tan pollitas) de aquel recinto. Al menos, la mayor parte de ese año. Porque al siguiente,

marcharía a la capital durante la época de estudios, como todos los demás. (Él, todavía lo ignoraba)

Habida cuenta que alguna de las "gallinitas" era hermana de él, dedicaba toda su atención a las otras. Y a éstas -las hermanas- las defendía a capa y espada -y si fuese necesario a escupitajos- contra cualquier mozo que se las diera de chulo.

Tenía muy clara su sexualidad. Cada minuto que podía estar debajo del balcón, - disimuladamente, claro- o jugando y rozándose con las chicas de la forma más natural, era el más feliz del mundo. Allí, no había lugar para machismos ni feminismos, o aún no había llegado tanta cultura. Los chicos perseguían a las chicas, y ellas se dejaban perseguir. Punto.

Chicos-chicas, hombres-mujeres, y poco más. De rapaces se pasaba a mozos, y de mozos a homes; ellas, de rapazas a mozas (pollitas) y de mozas a mulleres. Y muller, e home, solo se utilizaba para los casados, y los que habían cumplido cierta edad.

Así, funcionaba aquello. Fecha, lugar y hora. ¡Era lo que había!

* * *

A un kilómetro más o menos, por la carretera en dirección Orense, estaba la Chabola. Uno de los tres núcleos que Pablo consideraba importantes. Allí estaba, el bar-tienda del que recibía su nombre; una barbería-carpintería, y otra tienda que vendía prendas menudas.

En la Chabola, aparte concederles el privilegio de la televisión, se podía comprar un kilo de azúcar o tomar un vermut. En la barbería, en el piso de abajo, se podría encargar un mueble al mismo barbero. (Ya funcionaba el pluriempleo) Y en la tienda de la señora Rosario, lo mismo se podía comprar unas medias, que una lata de melocotones en almíbar.

Pablo sentía por Pepe, el barbero, una relación de aprecio-hostilidad, digna de tener en cuenta. En el odio entraban los artefactos propios de la barbería, como tijeras y... ¡qué horror! *la maquinilla*.

¡Las cosas de Pablito!

El barberoebanista, mostraba por él una especial camaradería. Le debía causar gracia, que, mientras estaban en la ebanistería eran cómplices, y luego, en lo tocante al corte de pelo, huía como alma que lleva el diablo. Menos mal, que se cortaba el pelo una vez al mes.

Así que, en la complicidad para idear bromitas a las chicas, o esconder un paquete de tabaco; y, también, responder todo tipo de preguntas, Pepe era un fenómeno. Pero de cuando en cuando, casi arrastrado por su padre o su hermana mayor, el Pepe que le recibía tijera en mano, era el ser más horrible de la creación.

Le tenía verdadera fobia a cortarse el pelo. ¡No sabía... se veía muy feo con la cabeza rapada. Podían ser manías, o podía ser complejo. A lo mejor, un aviso de futura tendencia... ¿Quién lo sabía? El caso era, que se odiaba con el pelo corto, y a todo lo que le hacía cortárselo.

También podía ser, porque cuando veía a los guardias con el pelo tan corto, recién rapados, le gustaban menos. ¡Parecían seres malignos!

Él amaba su pelo, con verdadera pasión. Y, pensaba, que cuando fuera mayor se lo cortaría muy poco.

Otro de los grupos de casas, estaba a mitad de camino a la Chabola. En el cruce de carreteras, La Peroja-Orense, Cambeo-Santa Marina.

En aquel foco de población, estaba el otro bar del pueblo. Ex emigrantes y trabajadores de la ciudad, parecían haberse puesto de acuerdo para plantar allí sus existencias, al lado del negocio de peor fama del contorno. Gerundina, así se llamaba su dueña, permitía organizarse timbas, que a veces terminaban como el rosario de la aurora: "A farolazos".

¡Eso... era lo que le daba mala fama!

Las familias del cuartel, visitaban muy poquito aquel local. Exceptuando algunos guardias, que también le daban al vicio de las cartas. Éstos sí, con la desaprobación y continuadas broncas de su Cabo. (Pablo les escuchaba... muchas veces, su padre les reñía en la oficina)

Porque él, también odiaba las cartas. Según le dejó entender a su hijo alguna que otra vez, había llegado a aprender por sí mismo, "lo traicioneras que son".

El tercer agrupamiento -el mayor de todos, se podría decir- era propiamente el pueblo. Sus vecinos, los propietarios de las fincas más alejadas del municipio, y algún que otro pequeño industrial. Como el señor Demetrio, el otro gran ebanista del contorno.

Se llegaba hasta allí por dos caminos. Uno que salía de muy cerquita del cuartel, como si fuera de la iglesia al pueblo, cruzando la carretera. Allí mismo, al ladito de la carretera, albergaba el pilón de lavar. Un riachuelo que bajaba del monte cercano, permitía una rica fuente -la de la calle de la amargura- y en el amplio pilar, las mocitas y mujeres, lavaban sus ropas y las de sus hombres.

El otro camino, partía de la trasera del negocio de Gerundina. Todo, muy bien comunicado.

Normalmente, para caminar o llevar los carros bien tirados por las yuntas. ¡Que por cierto, vaya el ruido que hacían! Los ejes eran de madera; y como los dueños eran tan brutos, aunque los engrasaran, nunca reparaban en la carga. Claro estaba que, al calentarse, formaban una llantina de mucho cuidado. En ocasiones y al principio, recordaba, que llegaban a ponerle de los nervios. Era como, un camión de los antiguos, -aquellos tan destartados- subiendo una cuesta interminable... en primera:

... Iiiiiiiiiiaaaiiiiiiiiiiaaaaa...¡Buf! ¡que lata!

Para no dejar aquellas almas a la buena de dios, o mejor dicho, en manos del diablo, existía la pequeña iglesia. Finca entera perteneciente al clero, donde vivía el señor cura con sus padres. Delante de la misma, el campo de la fiesta. Y el recinto rural, donde por san Antón, se celebraban las dichosas prerrogativas.

Ya se sabe, que el camino que llevaba a ella, venía del pueblo. Y por supuesto, muy cerquita de la casa. Apenas trescientos metros.

Visto lo cual, todo queda como sigue para el protagonista: Vivo en un cuartel. Tengo la iglesia a dos pasos, y la fuente a uno y medio... ¡Como para escaparse!

El contacto con la naturaleza, podía masticarse. La sensación de libertad que infundía en Pablito, le hacía crecer de forma auténtica. Sin ningún problema típico de los núcleos más poblados, o más asfálticos. Ni en trasiego, ni en comportamiento. Las únicas presiones y represiones recibidas -simplemente emocionales y morales, pues no había para más- partían de la unidad paterna, la iglesia, y de los prejuicios existentes.

Tenía la suficiente consciencia, para permitirle refugiarse en lo natural, y prescindir un poco de todo lo demás. Descubrir la vida, de la manera más libre.

Ver, como evolucionaban las hortalizas; los animales que criaban, las retamas y tojos que cortaban para las cuadras; y en general, todas las plantas.

Cada minuto que pasaba al aire libre, le ayudaba a desprenderse de lo que pudiera pasar por otra cabeza, que no fuera la suya. Lo que pensaban los demás, sobre todo los mayores y jerifaltes, no era asunto suyo.

De un comportamiento genuino, no podían salir represiones.

La vida, simplemente fluía. Todos los seres vivos y orgánicos, tendrían su propia función. ¿Cuál sería la suya, como ser pensante?

De todo lo que tenía oportunidad de hacer lo que más le fastidiaba, ir a por agua. Y desde cierta fecha, muchísimo más. Añadido, subir al pueblo a por la leche, pues vacas, eran los únicos animalitos que no criaban para el sustento.

Todas las faenas en definitiva, que había que hacerlas por obligación. Excepto echarle de comer a los pollos o conejos, o cambiarle las "camas" a los cerdos. Pero eso, solamente porque ellos no se lo podían hacer. Pero estar tan tranquilo, y que le importunaran por una orden... ¡no podía con ello!

Y cualquier cosa se podría pasar, pero lo de Marina... ¡no lo olvidaría nunca!

Una leche para el agua, y, agua para la leche. ¡Que puñetas!

Capítulo II: Los Rosarios

Rodeando la iglesia estaba el cementerio. Todo el atrio, jalonado por tumbas. Pablo se preguntaba, por qué los celtas, tenían esa manía de enterrar a sus muertos alrededor de las iglesias. "Será -pensaba- para que no se escapen. ¡Ja, ja! ¿Alguno tendría pelotillas, para salir andando después de muerto...? ¡Bah! ¡Él, no sabía de nadie!

La peculiaridad de estas instalaciones, daba para mucho en la mente del rapaz. Al ser muy frecuentadas por todo el grupo de jóvenes y adolescentes, tanto del cuartel como de la granja (en el pueblo había poquitos) Pablo, no perdía cada oportunidad que se le brindaba, para hacer de las suyas.

Al otro lado de uno de los muros del cementerio, se hallaba la casa del cura. Y cuando pensaba en el campo de la fiesta, se le ocurría siempre lo mismo: Allí, muy cerquita del cura; de la guardia civil, y de los muertos, impertérritos en sus yacimientos. Para que los jóvenes que acudían a la fiesta, bien vigilados, no se entregasen a otras actividades... ¡Cualquiera se salía de la fiesta!

El cementerio, daba miedo; el cura con los visillos abiertos, como si fuera "El ojo de Dios"; y, casi a la entrada del camino, se instalaba el pendello de las viandas y bebidas... ¡para que los guardias no se movieran de él!

¡No quedaba más remedio que bailar, bailar, y bailar!

Y desde luego, que los mozos iban bien pertrechados. Llevaban su paraguas (no sabía por qué, en Galicia llovía en todas las fiestas) colgado en el cuello de las chaquetas. Hacia la espalda, como era natural. Y si empezaba a llover, en una maniobra digna de prestidigitador, los abrían sin dejar el ritmo, ni de agarrar a su pareja.

¡Aaayyyy... aquellas fiestas, sí, que eran populares!

Bueno... sin necesidad que llegara la fiesta, aquella zona, estaba muy visitada por ellos. Ya fuera para acudir a los actos religiosos, como misas de domingos y fiestas de guardar; los rosarios, todos los días; a ornamentar y preparar la capilla determinadamente, o, ayudar al párroco a cortar las hierbas, que sin permiso, nacían por todas partes. Y más, entre lápidas y panteones. Que decían, era por el abono. ¡Que tétricos!

Todo ello con la mejor jovialidad posible, convirtiéndose, en una de las pocas atracciones del entorno. La habitualidad, no depreciaba en absoluto el divertimento de reunirse.

* * *

Por introducida costumbre, llegando a convertirse en forma de vida, todas las tardes había un rosario. La campana, avisaba con un solo toque. A saber: varios badajazos seguidos, y se acabó.

Para seguir leyéndolo si te gusta, aquí puedes comprarlo